

RITA FRANK

# DIS CON TINUOS

CUENTOS Y RELATOS



# DIS CON TINUOS

CUENTOS Y RELATOS

Rita Frank



*Provocar  
para que suceda...*

Rita Frank



## Un Niño, Un Perro y Un Sendero

Pedro había nacido ahí, en la estancia. Apenas cumplía un año cuando se largó a caminar solito. Su perro, un ovejero alemán de nombre tango, creció con él.

Apenas Pedro comenzaba a balbucear, ya pronunciaba su nombre, mientras tango se derretía en lengüetazos. Para dar sus primeros pasos se ayudaba a levantar del piso apoyado en el perro. Observarlos era de una ternura infinita. Para el niño era común desplazarse a sus anchas por el extenso predio que rodeaba la casa mientras sus padres trabajaban en plantaciones de girasoles a pocos metros de ahí. Tango no lo dejaba solo un segundo. Ambos ya habían cumplido los ocho años cuando un día, como es común en los niños, Pedro se sintió tentado por la curiosidad y tomó un estrecho sendero que se extendía hacia el fondo arbolado de la estancia. Como siempre tango lo seguía de cerca moviendo la cola.

Pedro nunca había caminado por ahí. Sus padres siempre le repetían que no se alejara del patio y mucho menos que jugara donde la vegetación era espesa, por miedo a que alguna víbora venenosa -de las que ahí abundaban- se cruzara en su camino.

Pero ese caminito casi cerrado por hierbas gigantes y altos espinos, le pareció una aventura ideal para lo que quedaba de la tarde. Lo que no sabía Pedro, es que el sendero lo llevaba a un tupido bosque que terminaba a un par de kilómetros sobre el borde de un arroyo.

A poco de caminar agachado, abriéndose paso entre ramas y saltando troncos, se internó en el bosque sin darse cuenta. Le atrajo tanto el paisaje que comenzó a imaginarse que las espesas copas de los árboles que se doblaban sobre su cabeza eran el techo de una inmensa casa que era solo para tango y para él. Comenzó a correr jugando carrera con su compañero cuando se tropieza con un gajo caído que le rasgó el pantalón y le provocó un importante raspón en la pierna. Se levantó sintiendo que además del dolor, sangraba. Se le escapó una lágrima mientras decidió que ya era hora de volver.

Dentro del bosque era casi de noche y sus padres se iban a enojar con él. Vuelve sobre sus pasos cuando se da cuenta que se había alejado del sendero por el que había llegado hasta ahí. Trató de buscar huellas o señales para encontrar el camino y lo único que lograba era dar vueltas en círculo. El miedo no desaprovechó la oportunidad para abrazarlo y fue ahí donde estalló en llanto. Tango a su lado le lamía las lágrimas sin parar y le ladraba como diciéndole que se calmara. ¿Y ahora? ¿Qué harían?

La noche ya había tomado su turno y los mosquitos pronto comenzarían a alimentarse del cuerpo de Pedro, que, por ser verano, vestía solamente un pantalón corto y sandalias. Luego de llorar un rato buscó un palo largo que le sirviera como guía y comenzó a caminar en línea recta, casi a ciegas, sin saber hacia dónde iba. Había hecho unos pocos metros cuando pudo escuchar el agua del arroyo. Entonces se acordó que en algún momento había escuchado a sus padres hablar del arroyo que estaba detrás del bosque, concluyendo que había caminado justamente para el lado opuesto de la casa donde debía volver.



Se sentó sobre un tronco que pudo palpar a pocos pasos del agua, sintiendo que la pierna le ardía. Se frotó para calmar el dolor mientras tango movió su nariz percibiendo su malestar, se acerca y comienza a lamer su herida.

Pedro tenía mucha sed, pero por la espesa oscuridad no podía ver el agua, solo escucharla muy cerca, así que se tiró al piso y arrastrándose con los brazos estirados hacia adelante, fue buscando el agua con las manos por lo menos para mojarse la boca.

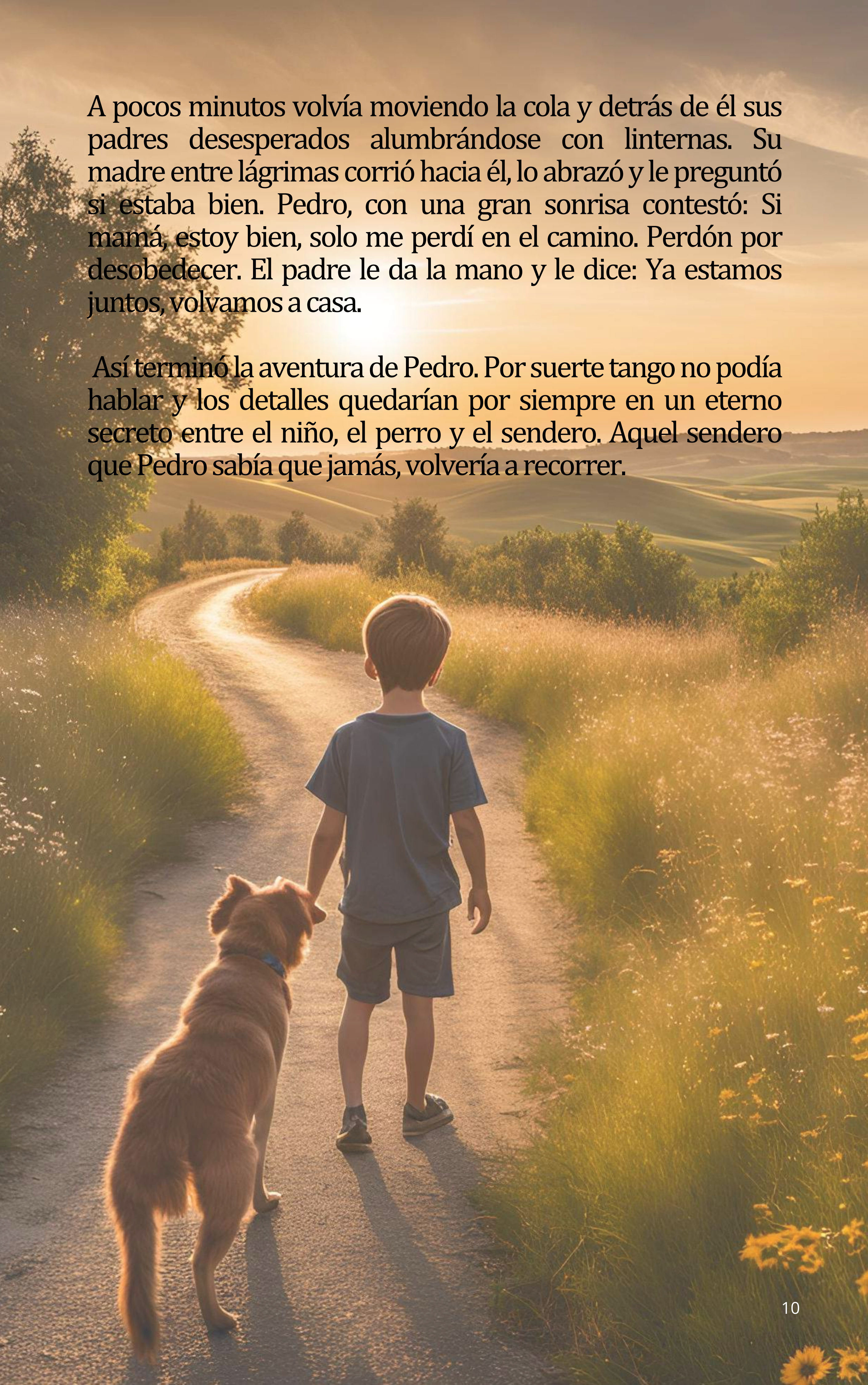
En un momento para completar su mala suerte, sintió que la tierra bajo su cuerpo se desprendía y la caída hacia el fondo del arroyo era inminente. Un grito desgarrador salió de la raíz de su garganta. Sintió terror, pero en fracción de segundos sintió que tango se tira sobre él, sosteniéndolo del pantalón. Pedro se quedó tieso por miedo a resbalarse de la boca del perro, pero éste, con sus poderosos dientes lo sostenía mientras comenzaba a retroceder con fuerza arrastrando a Pedro hacia atrás alejándolo del peligro.

Perro y niño se quedaron unos minutos tirados sobre un colchón de hojas secas en plena oscuridad. Exhaustos. Pedro estiró su brazo buscando a tango y abrazándolo, se quedó dormido. Perdió noción del tiempo, aunque al parecer pasaron horas hasta que despertó, mientras tango le lamía la herida. Se incorporó despacio y pudo escuchar que su nombre retumbaba haciendo eco en el medio del bosque. Levantó la cabeza y vio luces en las copas de los árboles. ¡Seguramente los estaban buscando! Se alegró su corazón cuando tango salió corriendo a gran velocidad hacia al encuentro de la ayuda que llegaba.



A pocos minutos volvía moviendo la cola y detrás de él sus padres desesperados alumbrándose con linternas. Su madre entre lágrimas corrió hacia él, lo abrazó y le preguntó si estaba bien. Pedro, con una gran sonrisa contestó: Si mamá, estoy bien, solo me perdí en el camino. Perdón por desobedecer. El padre le da la mano y le dice: Ya estamos juntos, volvamos a casa.

Así terminó la aventura de Pedro. Por suerte tango no podía hablar y los detalles quedarían por siempre en un eterno secreto entre el niño, el perro y el sendero. Aquel sendero que Pedro sabía que jamás, volvería a recorrer.





## El Amor Viste de Luto

En un alejado pueblito del norte argentino, ahí donde el ocaso llega temprano y el aroma a pinos inunda los alrededores, vivía Lucía. Una hermosa joven oriunda del sur. Su pelo negro caía en ondas sobre su espalda y en la frente un mechón blanco de nacimiento le daba luz a su rostro sonriente. Había llegado hasta allí por motivos de trabajo de sus padres, cuando tan solo tenía nueve años, era la única hija de la pareja.

Alfredo y María se habían conocido allá abajo, casi donde termina el país. La cosecha de frutas los había unido en un amor a primera vista siendo adolescentes. En muy poco tiempo decidieron vivir juntos y no fue fácil la aceptación de la familia, afrontar el qué dirán, ni hacer oídos sordos a la obligación del casamiento, qué, en esa época, era mandato.

Al año y medio de convivencia nació Lucía y tiempo después decidieron emigrar en búsqueda de un cambio de vida lejos de familiares conflictivos y un futuro distinto para su amada pequeña. Ya llevaban un poco más de once años juntos cuando llegaron a la zona del pinar, como la llamaban los vecinos.

Alfredo había sido contratado por un empresario de la madera que le había ofrecido vivienda a cambio del cuidado del lugar y un sueldo por cada cierta cantidad de árboles talados. Mientras él, se dedicaba a la tala, María llevaba adelante la casa. La huerta de la cual se sustentaban y la cría variada de animales.

Lu era una niña muy alegre que se entretenía jugando y haciendo tareas de la escuela con Nacho, con el que no solo iban al mismo grado, sino que compartían el mismo vehículo que los llevaba a clase no muy lejos de ahí. Roger. Un caballo blanco que amaban y estaba tan bien cuidado que parecía sacado de una película.

Pocas veces se acercaban a la ciudad. La vida en la casa les agradaba y ahí mismo encontraban todo lo que necesitaban para solventarse y ser felices. En el lugar predominaba la plantación de pinos, pero también el resto de la naturaleza que lo rodeaba era de una belleza increíble. Al fondo del monte cruzaba un río donde cada vez que tenían tiempo libre iban a pescar, y siguiendo el sendero al costado del mismo, se llegaba a la casa de don Raúl, el vecino más cercano que también se dedicaba a la tala. Su hijo Pedro, el mayor de nueve hermanos, lo ayudaba. Joaquín, y los demás varones, eran compañeros de escuela de Nacho; cuando llegó Lu al pinar, enseguida la aceptaron como su nueva amiga.

Un poco más adelante donde un viejo sauce lloraba su abandono inclinado sobre las aguas del río, vivía doña Esther. Poca gente la visitaba, decían que era una vieja bruja y hasta había quienes afirmaban haberla visto volar en su escoba por sobre los pinos, a altas horas de la noche. Para Nacho y Lucía en cambio, doña Esther era todo lo contrario, porque cada vez que los veía pasar por el sendero los llamaba para convidarle pastel de frutas o galletitas hechas por sus propias manos.

Desde que la pareja comenzó a vivir ahí, se habían sumado un nuevo integrante, ya que Nachito era invitado a casi todas las actividades de la familia. Una amiga muy particular que acompañaba siempre a los chicos era diana, una perra ovejero alemán que se derretía ante las caricias de las criaturas, pero los cuidaba celosamente de todo lo que le parecía una amenaza.

El dueño del pinar -el papá de Nacho- tenía su casa a unos quinientos metros de la de ellos, justo donde comenzaba el cerro.

Había enviudado el mismo día que nació su hijo Ignacio. Nunca se supo mucho de la mamá. El niño nunca hablaba de ella y la única vez que Lucía se animó a preguntar, su amigo se hizo el distraído cambiando de tema, entonces optó por no volver a incomodarlo con la pregunta.

Varios años de amistad llevaban cuando Lu cumplió quince años. Esa misma noche, después de un íntimo festejo entre familiares y algunos compañeros de escuela, Nacho le contó a su querida amiga qué por decisión de su padre, continuaría sus estudios en el exterior. Lucía sintió como su corazón latía desbocado y su pecho explotaba de dolor. Se abrazaron más fuerte que nunca mientras sus lágrimas dejaban en evidencia ese sentimiento que estaban a punto de descubrir. Solo un segundo bastó para qué, sin saber cómo, se encontrarán en un beso. Un largo y tibio beso. El primer beso de los dos. Sobraron las palabras para que en un instante comprendieran que se amaban, que se amaron desde el primer día que se vieron, muchos años atrás.

Luego de terminada la fiesta quedaron en encontrarse a la mañana siguiente debajo del árbol al costado del río. Uno de sus lugares favoritos. El viaje era inminente y tenían mucho para conversar. Ninguno de los dos pudo dormir esa noche. Solo la idea de que tenían que separarse, los atormentaba. Pero nada hizo que Jorge, el padre de Nacho, desistiera de la decisión. Ni siquiera la ayuda de Alfredo y María que, ante el desconsuelo de su bella hija, decidieron intervenir.

Nacho partió esa misma tarde dejando a Lucía con el corazón partido en dos y la promesa de regresar apenas terminara la secundaria. Ambos estaban muy tristes por no poder vivir ese amor que los colmaba. Justo ahora que se habían descubierto, la vida estaba cambiando el rumbo de sus caminos y era algo totalmente injusto.

Cuatro largos años después de la partida de Nacho y por esas cosas del destino, se sumó a la tristeza de Lucía, la pérdida de sus padres. Un virus desconocido se llevó en cuestión de meses a Alfredo y María enfermó gravemente poco tiempo después no pudiendo aceptar la ausencia de su compañero de tantos años. El único amor de su vida.

Dentro del gran dolor que estaba viviendo, Lucía seguía esperando el prometido regreso de su amor, quien ya hacía tiempo había dejado de escribir las cartas que, en un principio, le enviaba semanalmente.

Luego de los primeros dos años comenzaron a ser cada menos frecuente hasta que dejaron de llegar. Sin ninguna palabra o señal de despedida, las respuestas de parte de su amado habían desaparecido. Esto la desconcertó y sin pensarlo dos veces se acercó a la casa de Jorge en busca de alguna respuesta. Éste, de muy pocas palabras, solo le contestó con frialdad “A mí tampoco me escribe”.

Sumida en una tristeza absoluta, Lucía se sentaba largas horas al costado del río. La nostalgia la invadía hasta los huesos recordando tantos momentos compartidos -el único tesoro que le había dejado Nacho y que ella celosamente guardaba en su corazón- Sin consuelo dejaba caer sus lágrimas al agua, mientras extrañamente el río iba aumentando su caudal. Su vida había perdido totalmente el sentido. Ya no existían motivos que la impulsaran a seguir. A pesar de su corta edad, su alma, había envejecido.

Lucía se había ganado el cariño de todos con su ingenuidad de niña y su personalidad alegre, por eso cuando se quedó sola, los vecinos la visitaban y estaban pendientes de ella. Hasta que un día, así de repente, nadie más la vio. La buscaron en cada rincón del lugar. Había desaparecido como por arte de magia.

La casa estaba impecable, cada cosa en su lugar. No se había llevado nada. No había huellas de ella por ningún lado.

Incansables semanas de búsqueda y diferentes teorías que jamás se pudieron confirmar. Curiosamente al cabo de unos días de terminado uno de esos intensos recorridos, un ave de plumaje negro, atípico en la zona del pinar, se dejaba ver caminando por la zona. El plumífero, del tamaño de una cigüeña, vestía plumas negras azabache que contrastaban generosamente con la única pluma blanca que tenía en el medio de la frente.

Hasta el día de hoy, hay quienes dicen que es Lucía. Se cree que la bella muchacha se metió en el río hasta desaparecer dejando que la arrastrara la corriente. El mismo río que se había vuelto salado por tantas lágrimas suyas. El mismo río que fue testigo de su primera y única vez de amor con Nacho. Se decía que ella había vuelto en forma de ave, vistiendo de luto por la muerte de sus padres y con la esperanza intacta de que Nachito volviera.

Ese animal nunca antes visto por ahí, que piaba de una forma rara y quejosa, era en realidad la chica que seguía llorando a sus amores que se habían marchado.

Ese exótico ave, que permanecía dando vueltas por los senderos de los alrededores, era nada más y nada menos que su reencarnación.

Así es que pasaron décadas y décadas y en la zona del pinar quedó como leyenda que el alma de Lucía sigue viva en el lugar. Tristemente, esperando aún, el regreso de su amado.







## Presencia de una Madre

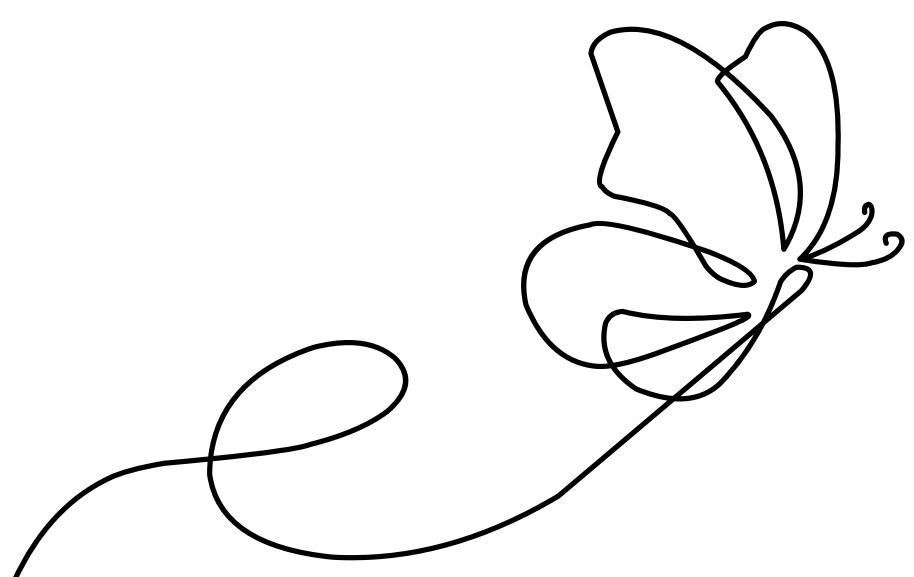
Cierto día, una vistosa monarca en vuelo, observaba un halo blancuzco dando vueltas en círculos sobre un determinado lugar. Intervino en su lenguaje telepático y descubrió el alma de una madre, que a un año de su partida buscaba la manera de volver para acompañar a su niña en ese momento tan especial que significaba cumplir quince años.

Era un alma de luz y brillaba en un solo punto radiante. De repente vio el duendecillo que vigilaba el jardín y creyó que podría ser un buen lugar. Además, pasaría inadvertida porque todos saben que un duende de jardín no se puede mover.

¡Listo! decidió por esa noche quedarse en él. Le infundió vida, jugaron y se divirtieron flotando bajo las estrellas. La noche fue su cómplice y no permitió que nadie los vea. Seguramente mañana en la fiesta, encontraría la manera de acercarse a la chica.

Así fue. Al otro día se fundió tiernamente en la mariposa pudiendo volar hasta posarse entre las flores que la joven tenía entre sus manos. ¡Feliz cumpleaños hija! Le dijo con suaves aleteos...La quinceañera sintió su presencia, la miró, le sonrió con dulzura y elevando su mirada al cielo susurró: Aunque seas espíritu, sabía que ibas a encontrar la manera de estar conmigo hoy, mamá. Gracias.

Entonces el monarca, levantó vuelo feliz. Porque el espíritu a quién prestaba su cuerpo físico, traspasó lo etéreo, llegó a la piel y lo más lindo fue que su hija pudo percibirla, reconocerla, y por fin, estar totalmente segura de que su madre estaría por siempre, revoloteando cerca suyo.









## Atardecer en Mar de Cobo

El agua del arroyo parece agradecer... Recupera su calma después del paso del malón.

De a poco los turistas comienzan su retirada después de su larga estadía en el lugar. Sobre el bullicio de familias que tratan de organizar su partida entre niños y mascotas desobedientes, el ocaso avanza en cámara lenta y el mate se enfría olvidado mientras levanto la vista para contemplar.

Todo parece aquietarse, también al oído. De a poco los latidos del corazón se dejan escuchar nuevamente y el cuerpo comienza a vibrar parejo. Se relaja, suspira, inhala, siente...

Las gaviotas comienzan a bajar con más confianza buscando comida y las que todavía vuelan, destellan reflejos plateados, dejando al descubierto que el sol aún permanece agazapado detrás de lo médanos. Adelante, el mar también parece agradecer la retirada y se entrelaza con el arroyo en un empático abrazo después de un largo día. Sin embargo, no dura mucho el descanso mientras del sol solo quedan algunos pequeños gajos dorados, pescadores hambrientos de un poco de playa tranquila, comienzan a llegar. Entonces el arroyo hace un paso atrás logrando casi ya, una completa calma. Esa calma total llegará cuando morocha, mi hija con cola deje de nadar imparable de un lado a otro, surcando sus aguas.

Recién ahí podrá aprovechar el silencio y la oscuridad que llega, para reponerse. Mientras los amantes de la pesca desfilan hacia la ancha playa entusiasmados y el mar les da la bienvenida, el sol desaparece en su totalidad haciéndole vaya a saber que chiste a la luna que aparece con una sonrisa gigante.



Pescador y mar se unen en un pacto de silencio y pasan horas compartiendo mutuamente la buena compañía.

Logro salir de mi aletargado momento cuando un desubicado mosquito me pica en la rodilla. Le digo a morocha que nos vamos y ella se acerca obediente, aunque nunca quiere irse. Me voy llena de paz y agradeciendo una vez más vivir en este lugar y poder disfrutar cada día.





## Como una Pluma

Encuentro en una esquina de la habitación, casi pegada al techo, mirando mi cuerpo tendido sobre una camilla. Tres médicos me rodean y conversan entre sí algo que no alcanzo a escuchar. Sus rostros expresan pesar. Uno de ellos se aleja y vuelve con una sábana. Me cubre, toda, entera. ¡Hasta la cabeza! Intenté decirle que no me tape la cara, pero mi voz, no salió. Grité para que me escucharan, pero ellos no me pudieron oír.

Entonces reaccioné ¿Y qué hago yo flotando en este rincón si en realidad estoy en la camilla? .Trato de bajarme de ahí y descubro que no tengo cuerpo. Me siento hermosamente liviana y no siento dolor. Ese dolor físico horrible que sentí toda la vida por haber nacido en un cuerpo deforme. Un cuerpo que a duras penas podía valerse por sí mismo, dónde la espasticidad de mis manos y pies dolían aún más cuando hacía frío o había humedad. Traté de moverme del rincón y comencé a desplazarme flotando como una pluma. Uy, ¡Que felicidad!.

Traté de acercarme a ellos y les pregunté qué había pasado entonces tuve la certeza de que realmente no podía ser oída. Terminaron de apartar cables y aparatos que habían enchufados sobre mi cuerpo y salieron de la habitación.

Aproveché que podía desplazarme y corrí, mejor dicho, volé, traspasando la puerta. En la sala contigua los médicos hablaban con mi madre, mientras mis hermanos lloraban y se abrazaban. Me acerqué a ellos, traté de calmarlos uniéndome a sus abrazos, pero no pudieron verme. Aunque a juzgar por sus actitudes, estoy segura de que pudieron sentir mi perfume. Ahí entendí. Yo, no estaba ahí. Lo que yacía tendido sobre la camilla era tan solo lo que había sido mi cuerpo físico.



La muerte, había llegado. Había venido a llevarme de este mundo muy a pesar de la gente que me amaba. Llegó agazapada por la noche, mientras dormía, y cargó mi cuerpo en sus brazos, regalándome un nuevo despertar.

Ojalá pronto, muy pronto, puedan encontrar consuelo, sabiendo que yo estoy viva y por fin, soy feliz.





## El Amor, el único Motor

Veinte años y un bebé de un añito. Bastante complicado para estar encerrada sin poder salir, más aún, siendo yo, nuestro único sustento. Pero bueno, si es para protegernos...

La verdad es que venía escuchando rumores de un virus contagioso aparentemente originado en China y bla, bla, bla, pero no le di importancia, en el poco tiempo que estoy en casa me gusta mucho ocuparme de mi bebé y muy poco mirar los noticieros. Así que hoy veinte de marzo me sorprendió la noticia de que el gobierno decretaba cuarentena obligatoria. Evidentemente no le di a los medios el tiempo ni la atención necesaria como para darme cuenta de lo que estaba pasando muy cerca nuestro. Haciendo de madre y padre a la vez y tratando de llevar una casa adelante, no me quedan muchas ganas de ver televisión, aunque reconozco que tendría que haberlo hecho.

Ahora me encuentro en un momento límite donde tengo miedo a salir y, por otro lado, la falta de alimentos en mi alacena. A esto se suma la falta de alguien con quien dejar a Nog, para que no corra ningún riesgo y así, poder llegar al súper más cercano.

Trato de calmarme, pero mi cabeza viaja a mil sin permitirme pensar en algo que resuelva el problema. En el momento justo en que la angustia se estaba aprovechando de mi situación, suena el startac que tantas dudas tuve en comprar y que en ese momento agradecí haberlo hecho.

¡Qué suerte! Mi hermano me daba aviso de que estaba llegando a casa para darme una mano. Actitud que era habitual en él, pero que ese día en particular, me dio mucha alegría.

Apenas entra a la casa, lo saludo, le pongo al nene en los brazos y salgo con lo puesto a hacer las compras, regresando dos horas después sin poder creer lo que había vivido.

La gente había salido desesperada a comprar todo lo que podían dejando las góndolas prácticamente saqueadas. Parecían malones entrando a los supermercados sin respeto alguno. Nunca creí que la miserabilidad humana se iba a notar justamente en un momento tan delicado. El egoísmo, la falta de empatía, la indiferencia, tomaron vida y sacaron sus garras sin importarles por encima de quien había que pasar para conseguir lo buscado. Me entristecí, me enojé, lloré de impotencia, mientras que con lo que pude conseguir, llené mi bolso y volví a casa.

Tío y sobrino jugaban sonrientes. Le di un abrazo y las gracias a mi hermano que prometió volver una vez por semana a dejarme lo que necesitara. Me quedé en la ventana viéndolo irse y recién cuando nos quedamos solos, empecé a tomar consciencia de que esto va para largo, de que realmente el problema es serio y debería comenzar a pensar en nuestra subsistencia.

Los días siguientes fueron pasando sin mayores novedades que las que se venían escuchando en los medios. Como tomar recaudos y cuidados para prevenir el peligroso avance de este virus desconocido al que ya comenzaban a llamar covid19 o coronavirus. De a poco la rutina iba cambiando, pasaba más tiempo que antes informándome y jugando con mi bebé, mientras me ocupaba de los quehaceres con el ánimo bastante animoso, al mismo tiempo las demás actividades, como turnos con el pediatra, salidas a la plaza, visitas de amigos y mi trabajo, quedaban en stand by.



A los treinta días de confinamiento Nog comenzó con berrinches no comunes en él. Actitud que asocié a la inestable vibración que se podía percibir en el ambiente.

Ya mi ánimo y también el de algunas personas con quienes suelo hablar por teléfono, había sufrido un importante cambio, pero nada que con un poco de música y buena onda no se pudiera revertir. Los días pasaban en cámara lenta y ya no podía encontrar una tarea que fuera de disfrute.

Hoy, a los impiadosos cuarenta y cinco de días de aislamiento, donde no se distingue la semana del fin de semana, donde los días pasaron a ser monótonos y eternos rompiendo totalmente con nuestra prolija estructura de rutina y horarios, observo la lluvia por la ventana recordando que es domingo. Pienso en este monstruo que llegó arrasando con miles y miles de personas en el mundo entero, sin discriminar razas ni clases sociales, mientras las voces del televisor encendido se transforman en lejanos ecos repicando en el fondo. Suspiro pensando hasta cuándo, tomando consciencia de que a esta altura la sensibilidad y el mal humor se convierten en una rara mezcla que se mantiene a flor de piel, y que la incertidumbre, pasó a ser una compañera más en la convivencia. Veo dormir a mi pequeño en silencio y pongo a funcionar el único motor que puede provocar el milagro, el amor.

Una nube rosa, llegando a cada rincón de nuestro planeta a través de la fuerza de la oración y la Fe.







## Hola. Soy La Tristeza

Un día -hace mucho, mucho tiempo- lucifer quiso derrotar y atrapar al amor, su archi- enemigo, por lo tanto decidió convocar a reunión, a algunos aliados de confianza como la envidia, el odio, la tristeza, la mentira y otros, con la esperanza de que alguno de ellos se animara a cumplir la misión.

Hola, confíame el trabajo a mi, dijo la tristeza. Puedo derrotarlo y traerte su cuerpo. Yo, que soy producto de la incompreensión, del desapego, del vacío espiritual, de la falta de solidaridad. Yo, que soy el resultado de la falta de alegría y testigo del olvido de los valores más importantes de la vida.

Yo, que me he fortalecido muchas veces solamente viendo actuar al egoísmo, la falta de respeto, la desconsideración y la discriminación en cualquiera de sus áreas.

Yo, que soy negativa y solo veo oscuridad, puedo atormentarlo hasta causarle infinito dolor. Tanto como para que muera de sufrimiento. Yo, con mis ojos no videntes, incapaces de ver una luz al final del camino, porque hace años que dejé de creer en la esperanza, puedo envolverlo en mis brazos hundirlo en la depresión y adormecerlo hasta que de a poco se quede dormido para siempre.

¡Te pido por favor! Déjame a mí. Te demostraré que uedo derrumbarlo, así como he logrado derrumbar sueños. Así como con lamentos, desilusiones y pérdidas he construido mi castillo y destruido la Fe.

Así. Lo sumiré en la oscuridad de mi mirada debilitando su fuerza y arrastraré su cuerpo hacia ti. ¡¡Créeme!

Bueno, responde Lucifer ¡Pues ve y tráeme su cadáver lo antes posible, para que por fin solamente yo, pueda ser el rey!

Años después... Al regreso de la Tristeza.  
Lucifer: Soy tu enviada. He fracasado.

¡No pude con él! ¡Es más fuerte que yo! Con dulzura y paciencia levantó mi estado de ánimo. Me sacó de la oscuridad. Me convenció y me enseñó a vivir en la luz. Me doblegó.

Me devolvió la alegría y la esperanza. Las fuerzas que ya no tenía y todo aquello por lo que ya había perdido totalmente el interés. ¡Me hizo dar cuenta que siempre vale la pena volverse a levantar!

Por lo tanto, este viaje de regreso fue solamente para avisarte qué desde ahora, mi lugar será con él. Con el amor, ¡Porque no hay nadie más, merecedor de la corona! Adiós.

## Huída

Hace tiempo que vengo participando de diversos talleres literarios considerando que para mí, escribir, es pasión y terapia. Es algo que llevo innato y fluye desde mi éter de manera natural.

Hoy la profesora decide trabajar con consignas y cuando lo transmite en voz alta al grupo, sentí una pequeña incomodidad, mientras mis pensamientos se disparaban entre negados y confundidos, pero aceptando la propuesta.

La verdad es que nunca escribí a través de consignas. El eco de lo cotidiano siempre fue mi disparador, y es ahora, recién, cuando comienzo a inmiscuirme en la fantasía.

Cuentos cortos, relatos... que brotan de mi imaginación. Todos mis escritos, siempre, hicieron base en lo real. Así fue qué, escuché la consigna atentamente y descubrí de donde provenía exactamente la incomodidad que sentí. No era usar la consigna como disparador, sino la consigna en sí. “Escribir desde los recuerdos, desde el dolor...”

Me acuerdo de que en algún momento intenté escribir aquella historia -real- y no pude lograrlo. Tan solo revivir todo aquel tiempo de dolor me contraía el estómago a cero.

Un gran nudo atravesaba mi garganta y sentía que mi cuerpo entero se desestabilizaba. Entonces entendí que aquella efímera falta de aire que tuve en fracción de segundos, era miedo. Si, miedo de que me vuelva a pasar. Dejé pasar unos minutos, tragué saliva y me dispuse de una vez por todas enfrentar aquellos recuerdos que tan mal me hacían. Después de toda una catarsis de letras no me vendría nada mal y estaba totalmente segura de que sería muy sanador.



Por varios minutos sostuve la lapicera con la mano bloqueada. Ambas parecían tener el peso de un ancla en la profundidad del mar. Estaba lista, el papel esperaba impaciente las primeras palabras, pero nada, no obtenía ni un mísero movimiento.

Me moví nerviosa en la silla y me sentí observada por el rabillo de los ojos que estaba de frente. La profe.

Levanté la mirada por encima de los anteojos y me encontré con la mirada directa e interrogante de ella. Bajé la vista, respiré profundo y apoyé la lapicera sobre el cuaderno entregándome antes de intentar...

¿Contarle qué? ¿A quién? ¿Para qué? Si nadie podría entender jamás, la intensidad del dolor que viví.

¿Para qué contar o describir aquello que sucedió? ¿Para qué hundirse de nuevo en esas heridas que en veinticuatro años no cicatrizaron, ni cicatrizarán?.

Siento el golpeteo de mi corazón estallándome el pecho. No, decididamente no quiero escribir sobre eso. Pero otra vez encuentro a mi mente debatiendo entre lo que quiero y lo que debo. Debería hacerlo, TENGO que hacerlo. Debo cruzar esa barrera para poder sanar. Inhalo...Exhalo... Sí. Lo haré, pero no hoy. Tomo mi cuaderno y guardo mis cosas retirándome del salón, emprendiendo una nueva huída de aquellos amargos recuerdos.



## Infidelidad

Tal vez la rutina y sus secos condimentos. O el silencio, que después de un efímero beso se cuela escondido en el cansancio de cada uno, logrando entrar a la casa. Haciendo que la mesa se agigante durante la cena y un poco más tarde provoque un abismo en la cama. O el conjunto de todo fue, lo que me llevó a conocerla. Si bien siempre supe de ella –en una mezcla de culpa y adrenalina- nunca había caído en la tentación de conocerla, como ayer.

Otro domingo donde los intereses de cada uno desplazan automáticamente cualquier posibilidad de compartir una charla, o una salida que sirva para despojarnos de lo que dejó la semana. Otro domingo donde el fútbol hace eco... y la rutina me apunta con el dedo marcándome que esa situación es un replay de lo ya vivido. Haciéndome sentir ese dejo de soledad y vacío que hace tiempo me acompañan y que yo, muy bien se, disimular con una sonrisa, cediendo y accediendo, siempre de buen humor a los planes del otro, mientras por dentro mi verdad dice: ¿Y yo cuándo?

Un sol de primavera infiltrado en otoño me invita a salir al jardín donde las hojas secas crujen bajo mis pies. Cuando de repente una brisa me susurra al oído que los pichones se han ido, que hace tiempo levantaron vuelo tomando cada uno su rumbo, y que la vida, es una sola.

Entonces entendí que debía vivir esa vida y no a dormecerme en ella. Sin dudar, tomé mi celular y acepté aquel café que nunca quise aceptar.

No importó la excusa con la que salía de casa. Hace tiempo que eso era indiferente. Ya no se hacían preguntas, por lo tanto, tampoco necesitaba respuestas. Así que me arreglé, tomé mi bolso y salí.

En ese mismo momento sentí mi sangre aún joven vibrar como torbellino dentro de mí. Sabía fehacientemente que después de una amena charla en el café del centro con un querido compañero del taller literario, no regresaría inmediatamente a casa. Sin peros ni culpas, iría a conocerla. Solo el pudor de la primera vez iría conmigo. Ya estaba decidido, ¡Hacía tanto tiempo no me sentía viva!

Y allá fui. Con la cabeza en alto, sin avergonzarme, dejándome llevar por las emociones. Las mismas que conocía contadas por amigas, pero que quería vivirlas en carne propia y nunca me había permitido cruzar el umbral. Dos horas, tres, cuatro, no importó el tiempo, porque sabía, que aunque existiera alguien, nadie me esperaba. Los años, el acostumbamiento y la maldita rutina que señala con el dedo, nos había hecho invisibles.

Así fue, como un domingo a la tarde la conocí. Y a partir de ahí, él, jugaba al fútbol, y yo, a la infiel.



## Diagnóstico

Recuerdo aquella mañana de invierno cuando la doctora Florencia Bri, mi médica de cabecera desde hace años. - leyó las placas que me había ordenado un par de semanas atrás, en un chequeo de rutina me extendió una orden y me dijo: Juan, hay unas manchas oscuras en tus pulmones, para quedarnos tranquilos, te voy a derivar a una interconsulta con un especialista. No es para alarmarse, pero mejor sacarnos las dudas de que todo está bien. Me lo dijo tan serenamente que me transmitió tranquilidad.

Aunque reconozco que extrañamente me llamó la atención la celeridad con la que me había conseguido una cita con el neumólogo, quise creer que no era por la urgencia de confirmar un diagnóstico sino por su buena disposición como profesional competente.

Era el mediodía del siete de junio y yo ya estaba en la sala de espera del doctor Dietz, con la orden del día anterior generado por mi doctora.

Un alemán alto que haciendo honor a su apellido abre la puerta del consultorio y con vos potente llama por mi apellido. Las líneas de su rostro y las discretas canas que peinaba detrás de un aire bonachón, me decían que llevaba años de experiencia en la materia.

Me tiende la mano para saludarme y ahí nomás recibe con la otra, el sobre con los estudios que le traía. Examina una de las placas, la contempla brevemente y se queda en silencio acariciando su mentón. La guarda en el sobre y anota un nombre sobre un papel, diciéndome que vea a esa doctora, una amiga suya que, sin dudas iba a poder darme un diagnóstico certero. Ya la intriga comenzó a hacerme cosquillas en el estómago y las preguntas comenzaron a surgir... ¿Pasa algo doctor?

¿Mira Juan... creo que sí, pero sin tener la opinión de un oncólogo no puedo darte una respuesta.

Oncólogo? ¿Qué me está diciendo doctor, que tengo cáncer?

No Juan. No nos apuremos. Esperemos que mi colega pueda ver los exámenes y luego hablamos.

De muy pocas palabras, pero sin perder cortesía, me da la mano para despedirme llamando al paciente que seguía. En tres días consecutivos había visto a tres profesionales distintos y ahora estaba a la espera de mi diagnóstico final, sentado a espaldas de la doctora Paula B. especialista en oncología, que en ese momento examinaba mis placas.

Bueno Juan. Tengo que decirte que tenés un pequeño tumor en el pulmón derecho, dijo -mientras giraba para mirarme directamente a los ojos- Te voy a ser lo más sincera posible.

No es algo de lo no haya que preocuparse, porque el tumor lleva tiempo ahí. Lo positivo es que aparentemente está encapsulado, por lo que el riesgo es menor en caso de cirugía. Igualmente antes, es conveniente iniciar un tratamiento sin cirugía que también puede resultar eficaz.

A partir de ese momento comencé a escuchar su voz como en lejanía... ¿Sos fumador? ¿Tenes antecedentes de alguna otra enfermedad? ¿Tenes familia? Y las palabras fueron resonando cada vez más lejos, hasta que todo se resumió en un lejano murmullo que fue desapareciendo.

Desperté sin haber estado dormido, cuando llegué a casa, cerré la puerta y me tiré en el sillón. ¿Cáncer yo? ¿Mi pulmón afectado? Si corro diez kilómetros todos los días y nunca sentí falta de aire o algún otro síntoma. ¡Tampoco cuando hago ciclismo he sentido nada! Llamé a Florencia para contarle todo, pero los especialistas ya le habían dado el parte.

Doc ¿Puede existir algún margen de error en el diagnóstico que me dieron? .

Lamentablemente no Juan, pero no te preocupes, vas a estar contenido y acompañado en todo el proceso. Yo personalmente voy a encargarme de eso.

Nos conocemos hace años y más allá de la relación profesional-paciente, siento un gran cariño por vos. Dejo caer el teléfono y me desplomo de nuevo en el sillón.

Tenía que acomodar mis ideas, tenía que aceptar lo que estaba pasando, pero no por eso iba a parar con mi vida, sino aferrarme aún más a Ella. Un rato mas tarde la curiosidad, me llevó a buscar en internet: ¿Cáncer? ¿Qué es, qué significa, de dónde viene?

Me negué a buscar ayuda psicológica. Consideré que podía hacerme cargo del asunto. Mi personalidad fuerte y avasalladora, una vez más me jugaba a favor dándome permiso para alguna que otra caída, pero siempre, volverme a levantar.

Así soy yo. Así fui desde niño. Tuve la suerte o la bendición, no sé, de que siempre tuve ángeles a mí alrededor que cuidaban de mí, de mi seguridad y de mi salud física y mental. Claro que recién de adulto tomé cuenta de ello. Por eso se, que voy a poder con esto.

Días después, al mismo tiempo que comenzaba el tratamiento de quimioterapia, comencé mi tratamiento paralelo qué, para mí, fue siempre el más efectivo. El de la oración. Y mientras mi cabello se desprendía de a poco y sin piedad de mi cuero cabelludo. Mis conversaciones con Dios se hacían amenas, consiguiendo la paz y la confianza que necesitaba para seguir.

Hubo días más difíciles que otros, pero nunca perdí la esperanza. Así como esa cosa se había metido sin permiso en mi pulmón derecho, así, podía negarme a que siga ahí.

En mis planes no estaba rendirme y mucho menos dejarme morir. La vida era muy linda para eso y yo no pensaba bajar los brazos. No era la primera vez que me encontraba en un mano a mano con la adversidad, pero reconozco que éste, fue el desafío más duro.

Continué con mi rutina de salir a correr mientras pude. Cuando mis piernas se debilitaron como consecuencia del invasivo tratamiento, comencé a hacer ejercicios dentro de casa, para ir recuperando musculatura. No voy a negar que tuve días grises y negros, pero cuando sucedía, buscaba hacer las cosas que más me gustaban como leer, escribir, escuchar música y bailar. Abría las ventanas de par en par, logrando que mi pequeño departamento del octavo piso se bañara en oro con la luz del sol. El resto de los días me quedaba con ese arco iris de alegría que levantaba mi ánimo y me ponía nuevamente en carrera.

Estaba convencido que la lucha valdría la pena. Y así fue. Justo un año después confirmé que lo que había sembrado había dado sus frutos. Siempre supe que mi fe es tan solo un granito de arena, pero, aun así, mi fe pudo mover la montaña de mi camino dándome por fin, paso a la luz.

## La Comisaría

Un gris opaco emerge de las paredes fusionando en el oxígeno del lugar. Los handies encendidos repiten mensajes en clave que puedo interpretar a media. Ocho treinta de la mañana y mi pecho dispara espinas. Un ambiente hostil y con olor a tierra me envuelve en el cuadrado gris de la comisaría, donde el “pseudo poder” es dueño de oficinas y pasillos. Donde la indiferencia y la falta de respeto al ciudadano es un daño mayor que el problema que traigo debajo del brazo.

Además de mí, unos cuántos en la espera de un tiempo que existe, pero se dilata. Un tiempo que se mastica en silencio y no se puede terminar de tragar. Unos cuántos esperan la voluntad forzada de quienes deberían estar “a la orden”.  
¿Contención? Cero.

En el habitáculo que hace de recepción y sala de espera la falta de humanidad huye chocando de frente con las paredes descascaradas y cielorrasos con moho desde hace décadas. La soberbia que trabaja en el lugar, veinticuatro siete, sonríe con sarcasmo detrás de un par de escritorios, y un caldo oscuro casi palpable inunda el ambiente en un círculo vicioso que ahoga. Se abre la puerta de entrada constantemente en un visible cambio de turno.

El buen día queda abandonado en la casa de cada uno o tal vez un poco más allá, en alguna generación atrás. Miro a ambos lados y mis ojos se entrechocan con muchos más, como signos de pregunta. Esbozo, una sonrisa irónica y contagio al resto. ¿Qué loco, no? Qué el lugar donde debería sentirme cómoda y segura me genere totalmente lo contrario?





## Mi Querida Amiga Inés

Inés es una persona muy especial. A veces pienso en cómo puedo ser su amiga y quererla tanto. Más allá de que tenemos gustos en común y haber hecho muchas cosas juntas ¡Somos tan distintas!

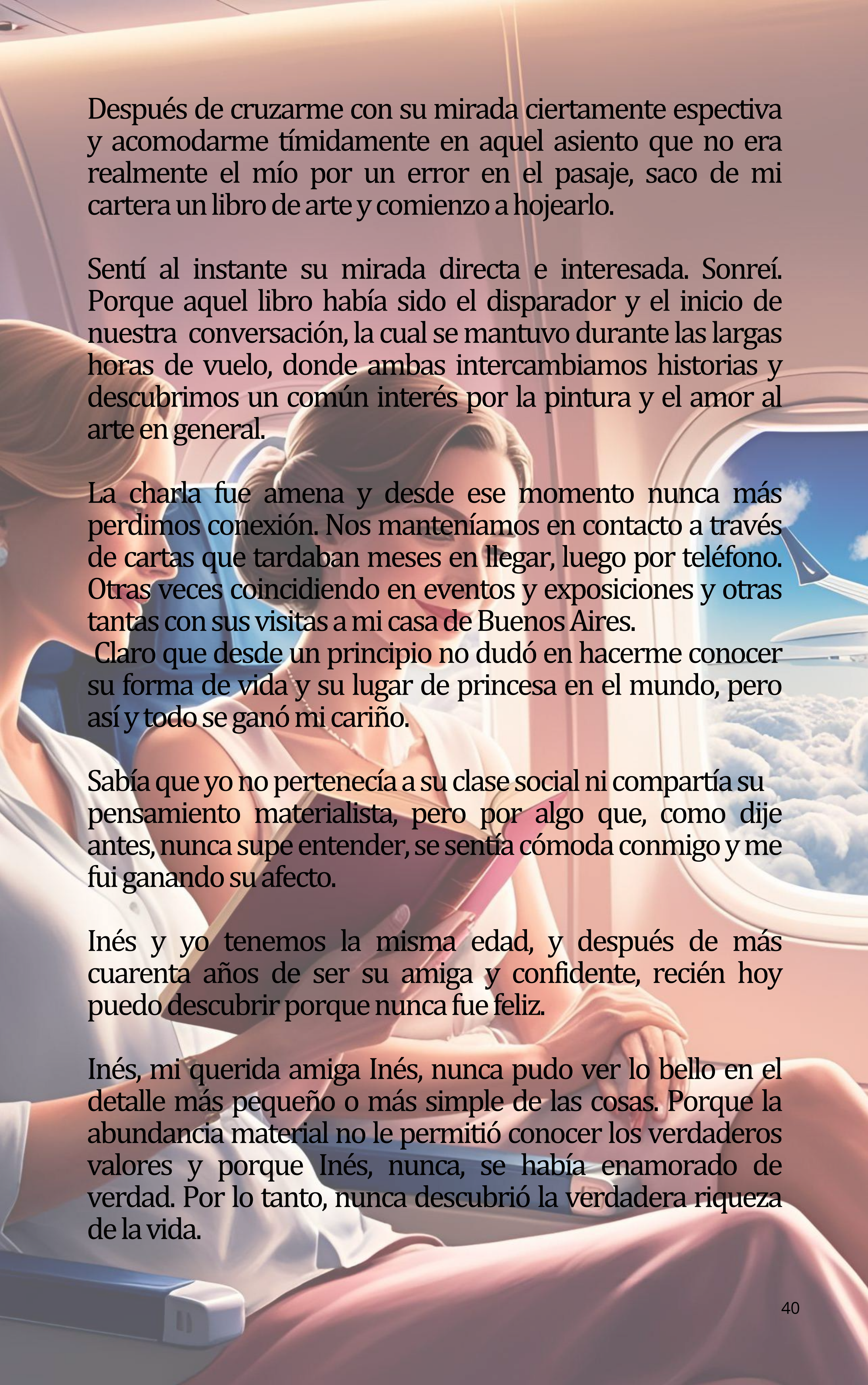
Ella fue siempre tan hermosa como superficial. ¡Tan llena de todo y tan vacía de todo!.No la culpo. Fue una adolescente caprichosa a quién siempre le dieron todos los gustos sin que haga el menor esfuerzo. No es culpa suya ser tan egocéntrica.

Con una autoestima muy alta, caminó siempre por la vida mirando hacia los costados escondida detrás de sus oscuras gafas Ray Ban -esas que trajo en su último viaje de New York- mirando con cierto rechazo todo lo que suponía inferior a ella.

Nacida y criada en la alta alcurnia, donde la humildad nunca estuvo invitada, no era capaz de suponer que las personas que no vestían de Vitón ni olían a perfume francés, podían ser capaces de pensar, de llegar a ser buenos profesionales o tal vez, reconocidos artistas. Según ella eso solo podía pasarles a personas de la alta burguesía. Aquellas que habían hecho los más exóticos viajes y cursado sus estudios en universidades de renombre mundial. Por eso nunca entendí, como eligió mi amistad.

Nos conocimos saliendo de la adolescencia y casi por casualidad, cuando compartimos un viaje donde por equivocación, me senté a su lado. Era un vuelo largo. Yo volvía de Madrid donde había sido invitada a exponer mis primeros cuadros y ella viajaba a Argentina a exponer los suyos. Fue algo muy loco.





Después de cruzarme con su mirada ciertamente espectiva y acomodarme tímidamente en aquel asiento que no era realmente el mío por un error en el pasaje, saco de mi cartera un libro de arte y comienzo a hojearlo.

Sentí al instante su mirada directa e interesada. Sonreí. Porque aquel libro había sido el disparador y el inicio de nuestra conversación, la cual se mantuvo durante las largas horas de vuelo, donde ambas intercambiamos historias y descubrimos un común interés por la pintura y el amor al arte en general.

La charla fue amena y desde ese momento nunca más perdimos conexión. Nos manteníamos en contacto a través de cartas que tardaban meses en llegar, luego por teléfono. Otras veces coincidiendo en eventos y exposiciones y otras tantas con sus visitas a mi casa de Buenos Aires.

Claro que desde un principio no dudó en hacerme conocer su forma de vida y su lugar de princesa en el mundo, pero así y todo se ganó mi cariño.

Sabía que yo no pertenecía a su clase social ni compartía su pensamiento materialista, pero por algo que, como dije antes, nunca supe entender, se sentía cómoda conmigo y me fui ganando su afecto.

Inés y yo tenemos la misma edad, y después de más cuarenta años de ser su amiga y confidente, recién hoy puedo descubrir porque nunca fue feliz.

Inés, mi querida amiga Inés, nunca pudo ver lo bello en el detalle más pequeño o más simple de las cosas. Porque la abundancia material no le permitió conocer los verdaderos valores y porque Inés, nunca, se había enamorado de verdad. Por lo tanto, nunca descubrió la verdadera riqueza de la vida.



## Mano a Mano con la Vida

De pasillos contaminados y paredes grises se compone nuestro día hoy. De energías sosteniéndose a la mitad, cayendo en picada hacia la oscuridad pesada y pegajosa de un hospital.

El tránsito apretado de personas se siente en un aire de sudor tóxico, de oxígeno escaso y nauseabundo que circula retenido entre la gente, dejando una fina estela de olores medicinales mezclados con malos alientos y una higiene parcial, tanto de algunos transeúntes, como del lugar. El estómago aguanta el maltrato tanto, como el olfato. Un que otro pie se choca involuntario con el que pasa a su lado por el estrecho conducto llamado pasillo y unos cuantos codos no pueden evitar el contacto.

Proliferan las voces entre reclamos y charlas de historias entremezcladas, sumadas a camilleros que vociferan abriéndose paso para socorrer a pacientes e impacientes en estado de prioridad y vulnerabilidad total.

La impaciencia de la espera frente a las puertas de las distintas especialidades va en aumento según va pasando el tiempo y por momentos, parece entrar en un infinito letargo.

Pasaron un par de horas y el lugar se dejó envolver por una nube densa flotando en una atmósfera irónicamente insalubre que chorrea desde las miradas resignadas, hasta los humores que van mutando a peor cada vez.

Mi cabeza amenaza con una sobredosis de stress implosionando sin piedad sobre mi cuerpo físico y mi estabilidad mental/emocional. Lo espiritual se hace a un costado abruptamente abortando en totalidad sus prácticas de rescate. Isabel Allende espera en la mochila custodiando una serie de estudios que, a su vez, esperan al cirujano. Y nosotros dos acá, con la vida.

Mano a mano.

## Milena y Lorenzo

Habían pasado quince años, hasta que un día por casualidad, me crucé con aquella niña que había visto nacer. Sábado al mediodía detengo el auto en el estacionamiento del supermercado, cuando escucho un saludo que llega desde mis espaldas:

-¡Hola Manuel! ¿Sabes quién soy?

Me doy vuelta mientras intento un recorrido fugaz en mi pasado cercano, pero ahí no más, sobre la pregunta, llegó la respuesta:

-Soy Milena.

Mi mente se encontró de golpe en un torrente aturdidor, trabajando para unir todas las puntas de cables posibles, buscando la conexión entre el nombre mencionado de aquella niña ,que adoré, y el desinhibido que se encontraba frente a mí.

Lo que veían mis ojos no conectaban con la información y los recuerdos...

Sentí un calor que nacía cerca de mi pecho subiendo sin pudor por mi cuello y mis orejas estallando con furia en mi rostro, haciendo muy notorio mi aturdimiento y totalmente imposible de disimular.

Quise sonreír y sentí que mi boca entreabierta no emitía gesto alguno y tampoco sonido, mi lengua había huido de su cavidad para no hacerse cargo de soltar palabra alguna. Mientras tanto podía escuchar la risita compasiva del muchacho que me miraba directo a los ojos, esperando todavía una palabra, o un hola.



Digo compasiva porque sentí que ése, era el sentí- miento que me merecía en ese momento. Compasión, por asombrarme ante lo que debería ser natural ante mis ojos.

La mentalidad pobre y tabú de la época en la que nos habíamos criado su madre y yo, me avergonzó severamente en ese instante, ya que contrastaba con la que hoy ejercen los jóvenes.

Esa idea golpeó agresivamente en mi cabeza por mi acostumbrada forma de ver las cosas, pero no la defino como una mala manera porque era la única que conocí, sin embargo, hoy la reconozco como retrógrada.

El chico seguía ahí delante mío, en una postura despreocupada y calma que parecía decirme “Tranquilo, no pasa nada” con una mirada dulce y comprensiva que escrudiñaba hasta lo más profundo de mí.

- ¿Me recuerdas, Manuel? Insistió.

Y leyendo mi actitud dudosa agregó:

-Bueno como verás...

Era, Milena, ahora soy Lorenzo. -Dijo con una risa contagiosa que transmitía en él, un absoluto dominio de sí mismo. Quise disimular el shock en el cual estaba inmerso y me sentí remando contra el viento, hasta que en un enorme esfuerzo logré traspasar la barrera del asombro -o de las sombras- que me estaba impidiendo ver más allá, y poder reconocer unos cuantos años después, aquella hermosa pequeña que tuve en mis brazos de bebé, convertida en un muchacho atractivo, tenaz y valiente.

El abrazo siguiente fue emotivo y sanador. Las primeras impresiones solo pasaron a ser como huellas en la arena, propensas a que con el primer ventisco se suavicen y con el segundo, se borren para siempre.

Las lágrimas lavaron mi mente dando luz a oscuros patrones, para el comienzo de un nuevo aprendizaje camino a una mente sana y abierta, mucho más que la de nuestros padres, abuelos y bisabuelos.

Una nueva mente donde los tabúes sean erradicados para siempre y donde por, sobre todo prevalezca el corazón, o donde puedan vibrar los dos a la par. Donde cuente primero, el valor humano y no la raza, la capacidad, o a que sexo pertenece.

Caminamos unos pasos, abracé a mi amiga que vino al encuentro, y solo una mirada bastó para que las palabras sobraran y las explicaciones estuvieran demás. Milena fue un sueño, Lorenzo su realidad.









## Mis tres EMES ¿Causalidad o mera casualidad?

La cuna de mi inspiración es un pueblito costero llamado: Mar de Cobo.

Allí anido y me reencuentro con los fantasmas del bosque y los míos propios. Fantasmas reales a los que puedo observar, tocar y escuchar si quiero. Tienen forma de pájaros, vaquitas de San Antonio, de colibríes y música de hojas hamacándose en el viento. Aroma a verde, a abejas trabajando, a flores y frutos silvestres.

Es mi lugar, es el rincón que encontré después de tanto caminar, y elegí.

Es la cuna de quimeras que hace nacer de nuevo a la poeta que acecha en mí todo el tiempo, es regalo de amistades que me estaban esperando aún sin saber de mi existencia. Es mi cuna de paz...

Misiones fue lo mismo en mi niñez, en la infancia aquella en la que fusioné con la naturaleza y me convertí en raíz, en árbol, en flor. Donde también tenía mis fantasmas que se podían tocar, ver y amar. Convivía con ellos y me hacían feliz. Donde tuve mis primeros amigos en este mundo y mi juguete más caro era una muñeca remendada por mi abuela.

De ahí surgí, de ahí ¡emergí! De la tierra colorada, como vapor al salir el sol después de una lluvia.

Como lechuga fresca después de haber sido semilla.

Y en el medio quedó mi adolescencia y un poco más...

¡Maschwitz! Una larga etapa marcó ese lugar en mí. Siempre con la naturaleza a mano, pero ya no tan consciente como en la pureza de mi infancia ni como ahora en mi presente.

Avasallada por la gran responsabilidad de ser madre y padre, por lo intrínseco del trabajo y todo lo que eso conlleva. Por los obstáculos y desafíos constantes de criar y encaminar dos hijos y llevar una casa adelante, poco tiempo quedaba para entregarse a pleno a los aromas y veleidades de la naturaleza.

Por eso hoy, recupero cada instante y me propongo ya no perderme más de nada. Sació mi sed con cada gota de la lluvia de la vida, con más ansiedad y sabor que antes. Porque el pichón ya aprendió a buscar el sustento y la mariposa levantó vuelo hacia otros jardines. Entonces...¡Es mi momento!



## Nidos Vacíos

Doña Sofía era polaca, de esas mujeres que se entromete en todo porque todo, quieren saber. No por nada en particular, sino de chusma nomás. ¿Y tu mamá que está haciendo? ¿Y tu abuela? ¿Qué le pasó a doña María tu vecina? ¿Alperro, te lo regalaron? ¿De dónde lo trajiste?

Magalí la miraba desconcertada por tantas preguntas seguidas e intentaba ir contestando en orden las que se acordaba.

Una gringa rara doña Sofía. No tenía ojos azules, no era del todo rubia, no pasaba el metro cincuenta... Era ama de casa, amasaba unos exquisitos panes caseros y se encargaba del cuidado de la diversidad de animales que tenía en su casa de campo. De voz chillona y hablar apurado, con un tonito preguntón que terminaba logrando que te vayas más rápido de lo que habías llegado.

Cuando Magalí nació ella ya vivía en ese lugar. Al parecer vivía ahí hacía cincuenta y cinco años, o sea todos los que parecía tener. Casada con don Ladislao, también polaco. Hombre alto y corpulento, de voz grave y autoritaria. Tanto, que cuando hacía chistes, asustaba.

Caminaba un tanto desparejo, ya que trabajando en el campo con el arado había perdido un dedo del pie derecho. Habían tenido cuatro hijos, de los cuales tres de ellos se habían marchado a la ciudad a estudiar, después siguieron su camino y nunca más regresaron.

Mientras que Braulio, el anteúltimo, había elegido casarse y quedarse a convivir en la casa paterna para “ayudar a los viejos con la chacra” Como lo decía él.

La vida de la familia transcurría tranquila a la mirada de los vecinos que muy espaciadamente visitaban la estancia, ya que más de dos kilómetros la distanciaban de la casa más cercana.

Filas y filas de árboles de tung, paltas y palmeras repletas de coquitos naranjas, contorneaban el camino de entrada al lugar. Detrás de ellos comenzaba la imponente plantación de yerba mate de un lado, y del otro, hectáreas y hectáreas de plantaciones de té.

Magalí llegaba hasta ahí caminando, después de recorrer gran parte del camino bajo la vigilancia de la madre que se quedaba mirándola hasta que se perdía en la curva de la ribada y continuaba viaje sola sin mirada que la acompañara. Ella era feliz, no sentía miedo alguno y le encantaba alejarse de la casa, porque a sus nueve años, se sentía adulta y responsable.

Además, iba siempre distraída jugando a la maestra. Con un palito en la mano, marcando todas las formas de provincias que encontraba en la tierra cuarteada por el fuerte sol del norte. Era común ese juego, porque buscar provincias en la tierra, era divertido como buscar nubes en el cielo con formas de animales o monstruos o lo que fuera.

Ella había nacido en aquel lugar. Su familia era la única de bajos recursos en la zona. Todos los vecinos estaban bien posicionados debido a sus propiedades y plantaciones que a la vez les generaban buenas cosechas y evidentemente, buenos ingresos, mientras que ellos habitaban una casita sencilla y precaria.



Por eso cada vez que podía hacer un mandado iba feliz, porque aprovechaba el momento para espiar, así como al pasar, si la vecina tenía le tele prendida y así asombrarse mirando aquel aparato raro y llamativo que en aquel tiempo solo los más pudientes tenían.

Vivía con su madre, una abuela adoptiva y un hermano cinco años mayor que ella. El negro, como le decían, que hacía las veces de padre influyendo en su educación, ya que éste había fallecido cuando ella nació. Tanto a su hermano como a Nora, su madre, los veía poco, ambos trabajaban duro en la pequeña chacra que les había dejado su padre.

No se podían quejar, se alimentaban bien y gracias a la extensa huerta que tenían, no les faltaba sustento en la canasta diaria. Eran contadas las veces que tenía que buscar el pan a lo de doña Sofía porque su mamá no tenía tiempo de amasar o no había podido ir al pueblo en busca de harina.

Así es que Magalí juntaba coraje para llegar, recibir el pan y volver, aturdida por las preguntas de la vecina. No, le caía mal, pero no le gustaba que le preguntara tanto. Ella prefería usar su tiempo para ver un poquito la tele o visitar medio de contrabando chivos y terneros recién nacidos.

Muchas veces cuando doña Sofía volvía con el pan, la tenía que ir a buscar cerca de los corrales acariciando a cuantos animales podía. Ella solo tenía “al guardián”, un perro viejo a quien mimaba mucho, pero era tan grande de edad que ya no podía acompañarla a ningún lugar. Ella se ocupaba de él siempre con mucho amor y era su amigo más querido.

Un día, como otros tantos que había llegado a ese lugar, se encontró con un panorama distinto. Lo raro fue que doña Sofía solamente la saludó, le tendió el pan y no le hizo ni una sola pregunta.

Enseguida notó que su mirada no era la misma de siempre y hasta le pareció que lloraba. Pero Magalí sabía que no debía preguntar o meterse en asuntos de los mayores, así que agradeció el pan y se retiró enseguida.

Preocupada por no saber que le pasaba a doña Sofía, regresó lo más rápido que pudo para contarle a su abuelita que su vecina parecía no estar bien, pero su abuela era sorda, así que por más que trató de contárselo, no pudo, porque la anciana nunca entendió lo que Magalí quiso decirle. Hizo fuerza para no quedarse dormida y esperar a su mamá que llegaba muy tarde de trabajar, pero el sueño la venció. Al otro día cuando despertó su mamá y su hermano ya habían salido otra vez hacia el trabajo, así que como no pudo contárselo a nadie, decidió que cuando regresaba de la escuela, con la excusa de ir a buscar el pan, volvería de nuevo a visitar la estancia.

Esperaba que doña Sofía haya vuelto a su verborragia habitual, pero no. Como el día anterior, la señora parecía estar triste y no le daba charla. Magalí le decía “Mi abuela le manda saludos” y revoleaba los ojos hacia el techo, hacia el piso, hacia afuera, esperando una respuesta. “El guardián no quiere comer” y jugaba con la punta del pie haciendo circulitos en el piso mientras su dedo gordo se le escapaba de la sandalia. Todo para ver si ella reaccionaba y le preguntaba algo. Ergo, doña Sofía hacía oídos sordos y parecía no estar ahí.

Cuando ya estaba por volver a su casa escucha la camioneta de don Ladislao que llegaba y se le contrae el estómago. No era un hombre malo, pero cada vez que veía a Magalí le decía en un grito: ¡Ford 5! y con la punta del dedo le tocaba la panza. Magalí se asustaba porque la voz de don Ladislao era muy gruesa y él, muy grandote. Además, se reía a carcajadas cuando hacía eso y le daba la impresión de ser un gigante malvado.



Pero ya era tarde para correr, don Ladislao se acercaba pesadamente apuntándola con el dedo y en su boca comenzaba a dibujarse la sonrisa sarcástica que no quería escuchar. Entonces oye la voz chillona de la mujer que dice: ¡Basta viejo! ¡No molestes a la niña! Pero ya era tarde, el Ford 5 había resonado firme y fuerte seguido de una tremenda carcajada. Magalí alcanzó a decir me voy y salió disparada hacia su casa.

Cuando escuchó el vozarrón del hombre diciendo: -¡Basta Sofía! Tenes que entender que Braulio se fue y no va a volver.

Él tiene derecho a irse con su familia a donde quiera. ¡Entonces era eso! Por fin Magalí pudo descubrir la razón del silencio de su vecina. Ella estaba triste porque el único hijo que los acompañaba había decidido marchar.

Pobre señora, pensó Magalí, todos los hijos se fueron, por eso está triste. Y buscó un palito y se distrajo buscando formas de provincias en la tierra cuarteada.

En los días siguientes no fue necesario ir a buscar el pan. Nora y el negro habían traído leña y prendieron fuego en el horno de barro.

- ¡Mamá!

-Si Maga, ¿Qué pasa?

- ¿Sabías que el hijo de los Racjzceski se fue de la casa?

- ¿Si Maga, sabía, por qué lo preguntas?

-Porque doña Sofía estaba triste.



- ¿Y vos como sabes eso?

-Porque dejó de hablar mucho y preguntar todo. Además, miraba distinto.

-Así es Magalí. Así es cuando los hijos se van. A los padres nos cuesta entender, darnos cuenta de que los hijos no son propiedad nuestra.

-Pero. yo soy tuya mamá, y el negro también...

-No Maga, cuando crezcas te irás, como también lo hará tu hermano. Harán su propio camino, irán detrás de sus sueños, viajarán a conocer lugares nuevos y tendrán nuevos amigos...

Magalí se quedó pensativa un momento y contestó. ¡Ah! iré a todas esas provincias que marco con el palito Má?

Nora sonrió. Todavía falta mucho tiempo para que Magalí pueda entender. Que los hijos no son de los padres, que son seres independientes, libres. ¡Que así es el ciclo de la vida, aunque nos cueste! Qué así, como nuestros padres se fueron un día, también nos fuimos nosotros y hoy, nos toca a nosotros ver volar a nuestros pichones dejando sus nidos vacíos.

Porque ellos tienen su propia voz, sus propias alas. Y eso nos hace débiles y egoístas. Porque nuestro amor fue la fuerza que los formó, que los maduró, que les dio la seguridad en sí mismos, y también nuestro amor es la fuerza que los impulsa a la libertad.

Nora reflexionó y se prometió en silencio que al día siguiente se haría un momento para visitar a doña Sofía. Seguramente una charla con la vecina, no le vendría nada mal.



## Solo Por Un Tiempo

Un día, luego de venir pensándolo mucho, decidí partir de mi austera y tranquila vida del campo, en busca de un futuro distinto al que estaba destinada si seguía ahí. Le dije a mi madre que viajaría a probar suerte y que apenas consiguiera trabajo podría devolverle el dinero de las ovejas que había vendido para que yo pudiera viajar y sobrevivir unos días.

Cargué una mochila remendada de la época en que todavía iba a la escuela, me despedí de mi familia y partí hacia la gran ciudad. Solo llevaba un jean, gastado por el tiempo, un par de remeras y un juego de ropa interior sin estrenar, de las dos que tenía.

Pero eso sí, llevaba todos mis sueños. ¡No dejaba ninguno! Tres horas en carro hasta llegar a la ruta y seis horas en micro me separaban de aquel lugar que no conocía, pero del que muchos hablaban. Mientras pegada a la ventanilla observaba como en cámara rápida iba quedando atrás la chacra donde nací, imaginaba como sería en realidad aquella ciudad de la que tanto escuché hablar. Un lugar donde había tanta vida de noche como de día. Un lugar donde había tantas luces que el sol parecía desparramar su luz también a la hora en que el campo era envuelto por la espesa sombra de la noche.

Dormí gran parte del viaje, cuando desperté me di cuenta de que era exactamente como me habían contado. El micro estaba arribando a la capital y los altos edificios, la cantidad de luces y carteles de colores me deslumbraron. Había tanto ruido que los primeros días me zumbaban los oídos por la falta de costumbre.

La gente caminaba en malones, las veredas parecían súper estrechas y las avenidas atestadas de autos, vibraban ante los bocinazos, gritos e insultos.

Reconozco que tuve miedo. Todo era nuevo e increíble para mí. Apreté mi mochila contra el pecho y comencé a caminar. Ya estaba atardeciendo y debía encontrar una habitación para pasar la noche. Había escuchado en la radio que había lugares donde alojaban a personas que llegaban a la ciudad y podías pagar por día. Había anotado la dirección y tenía que encontrar el lugar.

Preguntando aquí y allá llegué por fin a la pensión donde pasaría la noche. Estaba agotada por el stress del viaje y la difícil determinación que había tomado. No hubiese tenido el valor necesario de no ser por terminar con una juventud triste y precaria como la que tenía. Sin posibilidades de progreso, o por qué no, intentar un futuro brillante como escritora que era con lo que más soñaba.

La gran ciudad tenía todo lo que yo necesitaba seguramente iba a poder trabajar, ahorrar, enviarle dinero a mi madre, ropa y zapatillas a mis hermanos y también cumplir mis propios sueños.

Me desmayé sobre la cama cubierta con una manta de color amarillo pálido que hacía juego con la luz del pequeñísimo cuarto que había alquilado. Dejé mi mochila sobre la mesita que sera el único mueble del lugar y no recuerdo en qué momento me quedé dormida.

Cuando desperté el sol ya estaba alto. Me sobresalté recordando que no estaba en mi casa ni en mi cama. Tampoco estaba Pedro, el gallo colorado responsable de despertarme todas las mañanas a las seis. Hora de levantarme a ordeñar la vaca y traer leche caliente a la mesa para el desayuno de mis hermanos pequeños.



Me puso feliz darme cuenta de que no extrañé para nada esa rutina. Sentí la adrenalina calentar mi sangre mientras me sentaba en la cama de un salto. Me había dormido vestida, así que estiré un poco mi vestido con las manos, me hice una cola en el pelo, tomé mi mochila, y salí a la calle a caminar, conocer la ciudad, y sin perder tiempo, a buscar trabajo.

Hubiese querido darme una ducha, pero me dijeron que el baño era compartido nunca se me había ocurrido compartir algo tan personal con gente desconocida.

Caminé horas mirando asombrada de todo a mi alrededor. Me invadía la alegría y a la vez cierto miedo azuzaba mis pensamientos. De repente llamó mi atención un cartel que decía “Se necesita empleada, buena presencia”.

Me paré frente a la vidriera con mi corazón galopando. Nunca había trabajado en ningún otro lugar que no sea el trabajo duro de la chacra, pero voluntad para aprender no me faltaba. Así que me miré en el reflejo del vidrio.

Llevaba puesto mi vestido amarillo entallado, aquel que usé cuando terminé séptimo grado. Tenía un discreto escote que dejaba ver la medalla de la virgen niña que colgaba de mi delicado cuello, como sabía decirme mi madre para halagarme. El pelo castaño me caía ondeado hacia adelante sobrepasando mis turgentes pechos talle cien, que siempre me daban un poco de pudor. Y mis piernas largas y flacas, según la gente que me quería, me hacían esbelta y elegante. A los diecinueve años seguía en el mismo peso y estatura que a los catorce, por lo que no fue un problema usarlo.

Me gustó lo que vi. Solo me faltaba una ducha para sentirme mejor. Sin pensarlo más, tomé coraje y entré al lugar. Me recibió una señora de pelo canoso, dulce y amable, para decirme que el lugar ya estaba ocupado y se había olvidado de sacar el cartel. No desistí. Seguí caminando y preguntando en cada lugar.

Después de cuatro semanas de búsqueda sin suerte, mi ánimo iba decayendo al mismo tiempo que mi economía. Me senté en el banco de una plaza y mi cabeza comenzó a dispararme un montón de preguntas y contradicciones...

¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer? ¡Si no conseguís nada vas a tener que volver! ¿Volver? ¿Con las manos vacías? ¡No, imposible!

Tengo que perseverar en mi búsqueda, aunque deba gastarme los últimos pesos que me quedan. Estaba con esos pensamientos en mente cuando alguien se sienta a mi lado. Buen día.

¿Hermoso día no? Volteo la cabeza y me encuentro con un par de ojos color miel y una sonrisa amigable. Me llamo Martha...Charlamos de la vida, le conté de mis proyectos y nos despedimos...

Dos semanas después, la desesperación me había llevado a aceptar su oferta de trabajo. Si venís a trabajar conmigo vas a poder cobrar todos los días y en poco tiempo podrás tener tu departamento propio y dinero para lo que desees, me había dicho.

Se alejó dejando una tarjeta sobre el banco. La guardé. En pocos días debía pagar mi última noche en aquella habitación en donde hacía más de un mes dormía y aún no habían cambiado las sábanas ni una sola vez. Volví y me tiré a la cama. Me invadió la angustia y la bronca.

No era justo! desde que llegué al lugar no había parado de caminar buscando lograr mi objetivo y me sentía devastada e incapaz. Lloré como aquella niña sensible que siempre fui. Se desató dentro mío una lucha interna con aquella muchacha dócil e inexperta del campo y aquella mujer decidida y dispuesta a todo para cambiar su destino.



Un día después me encontraba desfilando en ropa interior en una pasarela de algún lugar del centro.

La fachada exterior de casa antigua contrastaba con el interior moderno, ambientada a medial luz, música suave y varias mesas alrededor de la pasarela donde dos chicas de mi edad me contaban secretos de la profesión, mientras me decían: las vírgenes valen oro

Me negaba desilusionar a mi madre volviendo a casa frustrada y con mi mochila cargada de sueños rotos. Así que me puse el disfraz de mujer fuerte y fatal, me calcé una diminuta bikini animal prince y le hice frente al desafío, mientras interiormente me repetía: Solo será por un tiempo...

Dos años después me entregaban las llaves de mi 0 km y al día consecutivo volvía al campo a visitar a mi familia. Llevaba regalos, dinero, y todo lo que siempre soñé para ellos. Mi madre feliz y orgullosa al escuchar la historia de mi éxito como escritora de una importante revista, que me había hecho una persona reconocida, respetada y económicamente solvente.

Antes del atardecer emprendí el regreso con la promesa de que volvería para llevarlos de paseo a la gran ciudad.

Mientras mi cuenta bancaria se ufanaba ante todas las miradas, mi vacío interior retumbaba en mi cabeza repitiendo: Solo por un tiempo.

Ya faltaba poco para terminar mis estudios en la facultad y esa, sin dudar, sería la puerta para el comienzo de mi verdadera vida.







## Una Perra Feliz

Llovizna en la costa atlántica. Mi mamá prepara las cosas, carga unas mochilas al baúl del auto y me dice, ¡vamos! -Aún no sé a dónde-La mayoría de los días me subo al jeep de mi papá que sale temprano a trabajar, y me voy con él.

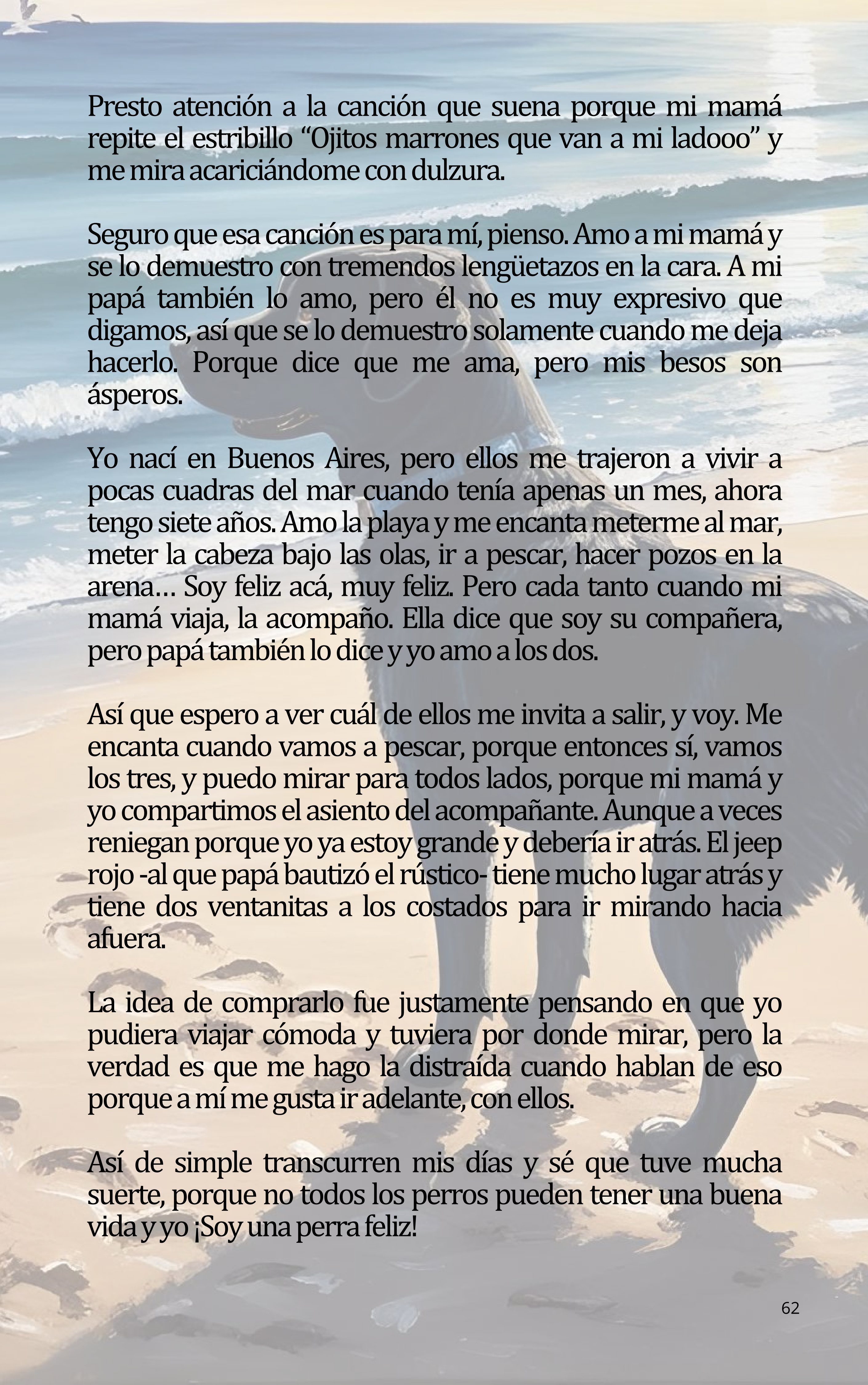
Me gusta sentarme en el asiento del acompañante e ir mirando todo desde ahí, sin perderme de nada, porque el jeep es alto, entonces puedo ir mirando todo el panorama sin esforzarme. Todo lo contrario, me pasa en el auto de mamá. Hago fuerza para mirar hacia afuera porque es muy bajito y no veo nada, además es chiquito, así que me canso enseguida y me acuesto a dormir hasta que lleguemos.

Mientras papá trabaja yo aprovecho a corretear un poco por ahí olfateando todo. Ya conozco el lugar, hace tiempo que lo acompaño, pero siempre hay olores nuevos, y si estoy con suerte encuentro a uno de mis archienemigos gatunos y los persigo hasta que desaparecen en las ramas de algún árbol. La verdad es que ni yo sé por qué los odio tanto. Bah, no los odio, pero si pudiera me los comería.

Con mamá hicimos ya bastantes kilómetros por la ruta, era como yo creía, estamos yendo a Buenos Aires a ver a mi hermano humano-Yo me llamo morocha rosita ditz, y soy perra llevo el apellido de mi papá porque ellos me tratan como a un humano más de la familia.

Me encanta ir porque yo nací allá ¡Pero el auto es muy aburrido! Así que de ratos me siento y miro, de a ratos duermo. Mi mamá pone música y me va hablando para que no me aburra, hacemos dos o tres paradas para que yo haga pis o tome agua, y seguimos...

Buenos Aires no queda muy cerca. El trabajo de papá sí. Están ahí nomás, cerquita del mar

A black dog is standing on a sandy beach, looking towards the left. The background shows the ocean with white-capped waves breaking. The sky is a pale blue. The dog's fur is black and appears slightly damp. It has a blue collar with a tag.

Presto atención a la canción que suena porque mi mamá repite el estribillo “Ojitos marrones que van a mi ladooo” y me mira acariciándome con dulzura.

Seguro que esa canción es para mí, pienso. Amo a mi mamá y se lo demuestro con tremendos lengüetazos en la cara. A mi papá también lo amo, pero él no es muy expresivo que digamos, así que se lo demuestro solamente cuando me deja hacerlo. Porque dice que me ama, pero mis besos son ásperos.

Yo nací en Buenos Aires, pero ellos me trajeron a vivir a pocas cuadras del mar cuando tenía apenas un mes, ahora tengo siete años. Amo la playa y me encanta meterme al mar, meter la cabeza bajo las olas, ir a pescar, hacer pozos en la arena... Soy feliz acá, muy feliz. Pero cada tanto cuando mi mamá viaja, la acompaño. Ella dice que soy su compañera, pero papá también lo dice y yo amo a los dos.

Así que espero a ver cuál de ellos me invita a salir, y voy. Me encanta cuando vamos a pescar, porque entonces sí, vamos los tres, y puedo mirar para todos lados, porque mi mamá y yo compartimos el asiento del acompañante. Aunque a veces reniegan porque yo ya estoy grande y debería ir atrás. El jeep rojo -al que papá bautizó el rústico- tiene mucho lugar atrás y tiene dos ventanitas a los costados para ir mirando hacia afuera.

La idea de comprarlo fue justamente pensando en que yo pudiera viajar cómoda y tuviera por donde mirar, pero la verdad es que me hago la distraída cuando hablan de eso porque a mí me gusta ir adelante, con ellos.

Así de simple transcurren mis días y sé que tuve mucha suerte, porque no todos los perros pueden tener una buena vida y yo ¡Soy una perra feliz!



INDICE

Un Niño, Un Perro y Un Sendero	7
El Amor Viste de Luto	11
Presencia de una Madre	17
Atardecer en Mar de Cobo	19
Como Una Pluma	21
El Amor, el único Motor	23
Hola. Soy La Tristeza	27
Huida	29
Infidelidad	31
Diagnóstico	33
Comisaria	37
Mi Querida Amiga Inés	39
Milena y Lorenzo	43
Mis tres EMES ¿Causalidad o mera casualidad?	47
Nidos Vacíos	49
Solo Por Un Tiempo	55
Una Perra Feliz	61



En este hermoso camino de desafíos y aprendizaje, la autora se anima a salir de su zona de confort donde la poesía es su fuerte, para dar un tímido paseo entre cuentos y relatos de su autoría.

---